

A promotional image for the Disney movie Cruella. The character Cruella is in the center, wearing a black and white checkered leather jacket and a black skirt, holding a whip. She has white hair and black eye makeup. Three Dalmatian dogs are in the foreground. The background is a dilapidated building with peeling wallpaper and a brick chimney.

Disney Cruella

LA NOVELA

Planeta Junior

Disney Cruella

Adaptada por Elizabeth Rudnick.
Guion de Dana Fox y Tony McNamara.
Historia de Aline Brosh McKenna,
Kelly Marcel y Steve Zissis.
Basada en los personajes creados
por Dodie Smith.
Basada en *Cruella*, de Disney.

Cruella : la novela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.

312 p. ; 21 x 13 cm.

Traducido por: Yara Trevethan Gaxiola

ISBN 978-950-49-7307-2

I. Libro de Entretenimiento para Niños. I. Título.

CDD 793.2054

© 2021 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Disney Live Action Cruella Novelization*

Textos: Elizabeth Rudnick

Traducido por: Yara Trevethan Gaxiola

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta Junior®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: junio de 2021

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7307-2

Impreso en Gráfica Pinter,

Diógenes Taborda 48, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de mayo de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Capítulo 1



La Estella de doce años estaba montada en su bicicleta y miraba la enorme construcción de piedra frente a ella, que rezumaba riqueza y privilegios. El día que había estado esperando desde... bueno, desde siempre, por fin había llegado.

Empezaría a asistir a una lujosa escuela privada. Y aunque estaba un poco emocionada, también estaba muy aterrada. Se quedó mirando el edificio, acariciando con aire distraído el forro de su saco porque la tranquilizaba sentir la tela. Sonrió. Quizá la escuela era como su saco: por

fuera parecía una cosa, pero era algo distinto por dentro.

Suspiró.

Vaciló.

Los niños comenzaron a entrar al patio aparentemente de todos lados, con sus uniformes immaculados y planchados a la perfección. Una hilera de automóviles lujosos hacía fila para dejar a más alumnos. Escuchó los gritos y risas de reencuentro de las niñas que no se habían visto durante las vacaciones, y las voces más graves de los niños que, a su manera, se saludaban con reserva. Todo esto le sonaba como un idioma extraño.

Se dio vuelta y miró a su madre, que estaba montada en una bicicleta a su lado. Su cabello cano parecía estar siempre intentando escapar de su rodete ladeado, y el blusón opaco que llevaba siempre estaba manchado. No se parecía en nada a las señoras que despedían a sus hijos con la mano desde las ventanillas de sus coches. Cada cabello en la cabeza de esas mujeres estaba peinado a la perfección; su maquillaje era impecable y ningún botón estaba fuera de lugar. Una sensación desconocida la invadió: al mirar a su madre, casi se sintió avergonzada.

—Recuerda —dijo su madre, interrumpiendo sus pensamientos—. Pertenece a este lugar tanto como cualquiera.

La vergüenza invadió de inmediato a Estella. Ahí estaba, sintiéndose apenada por su madre, cuando todo lo que había hecho durante años era escatimar gastos y ahorrar para que ella pudiera asistir a esta tonta escuela.

La joven respiró profundo y soltó el manubrio de su bicicleta. Quizá no había estado con estos chicos en la escuela antes, pero no dejaría que la hicieran menos, o al menos no dejaría que su madre pensara que la hacían sentir mal.

—De acuerdo —respondió con un tono confiado que ocultaba sus sentimientos.

Su madre asintió.

—¿Y qué le dirás a Cruella cuando trate de vencerte?

Estella suspiró. Odiaba que su mamá siguiera usando ese apodo para referirse a su personalidad un poco «malvada». Pero su mamá no se equivocaba al recordárselo. Tenía que mantener a raya su temperamento.

—Gracias por venir, pero ya puedes irte —dijo, obediente.

Satisfecha con la respuesta, su mamá esbozó una sonrisa sutil. Después dirigió la vista de un lado a otro, entre el enorme e imponente edificio y su hija de una mirada distante. Estella se preguntó adónde habrían ido los pensamientos de su

madre. Había algo de desconcierto –y profunda tristeza– en su expresión.

Estella giró la cabeza y miró al grupo de niñas vestidas con sus uniformes coordinados; sus sombreros estaban inclinados de manera informal sobre su cabeza. Ella llevaba el mismo saco sencillo y feo, con una falda que hacía juego con las de las demás, aunque con unas ligeras modificaciones que, por supuesto, su mamá ignoraba. Pero jamás se pondría el sombrero. Nunca.

Respiró profundo, dio un último adiós a su mamá, estacionó su bicicleta en uno de los soportes y se unió al flujo de alumnos que entraban a la escuela. Al llegar a la parte superior de la escalera, se dio la vuelta. Su mamá seguía ahí, observando. Estella volvió a despedirse con un gesto de la mano, dio media vuelta y entró al edificio.

Tan pronto como perdió de vista a su madre, se quitó el saco, se lo puso al revés y sonrió. La insípida y áspera tela azul a cuadros fue reemplazada por la seda que había teñido de amarillo brillante. Era llamativa y estridente.

Era perfecta.

Volvió a ponerse el saco y se pasó una mano por el cabello. Una ola de confianza la recorrió. Siempre se sentía mejor cuando lucía sus propios diseños.

Ignorando las miradas de los otros alumnos, algunos de los cuales se habían detenido y la miraban con descaro, boquiabiertos, comenzó a abrirse paso por el corredor. El saco brillaba incluso bajo la luz tenue. Se sentía orgullosa. Había trabajado en su diseño hasta altas horas de la noche. Trabajó para mezclar la tintura perfecta y recopiló la seda, retazo a retazo, de los trabajos de costura de su madre, para que ella no se diera cuenta. El resultado fue algo único que reflejaba por completo su personalidad. Por supuesto, eso no significaba que todos comprendieran. Los otros alumnos no estaban acostumbrados a que nadie se saltara los límites. Había que usar el uniforme y seguir las reglas. Pero ella nunca había sido particularmente buena acatando instrucciones.

De pronto, dos chicos se pararon frente a la joven. Ella se detuvo y los miró con el rostro impasible. Uno tenía un trapeador pelirrojo por cabello y una expresión malévola. La mirada del otro era cruel y hacía juego con su expresión igual de desagradable. Su madre la había criado para que siempre fuera amable. Así que hizo lo que pensaba que cualquier persona amable haría: se presentó.

—Hola —saludó amigablemente—. Me llamo Estella. Soy nueva aquí y me gustaría mucho familiarizarme con el lugar.

Durante un momento largo y tenso los chicos permanecieron callados.

Luego, el muchacho pelirrojo habló.

—Mira. Un zorrillo anda suelto por el edificio.

Entrecerró los ojos. ¿Cómo se atrevía a insultarla? Ni siquiera la conocía. Sintió que en su pecho se formaba una pequeña bola de rabia, era Cruella que intentaba liberarse.

—Ignóralos.

Estella giró y vio a una niña aproximadamente de su edad que estaba parada cerca. Llevaba el mismo uniforme, pero Estella no pudo evitar advertir un destello de color debajo de su blusa. Quizá había alguien más en este lugar con un poco de sentido de la moda. Le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Claro —admitió Estella, dando la espalda a los chicos—. Estoy segura de que me los ganaré. Soy Estella.

—Anita —respondió la niña con una sonrisa.

Justo en ese momento algo húmedo y duro le golpeó la mejilla. Levantó la mano y encontró una bolita de papel masticado pegada en ella. Vio que el chico pelirrojo y su amigo reían. Parpadeó con rapidez, luchando por contener las lágrimas.

Bien, quizá le tomaría un poco más de tiempo para ganárselos.



Conforme avanzó el día, parecía que no importaba cuánto se esforzara Estella, los otros chicos estaban decididos a hacer que su primer día de clases fuera el último. Hubo más bolitas de saliva en el pasillo. Cuando abrió su casillero, lo encontró lleno de basura. Adondequiera que fuera escuchaba las risitas y murmullos de los alumnos, e incluso en una ocasión sorprendió a uno que la señalaba con descaro. Había pensado que su saco amarillo sería su armadura. Pero muy pronto entendió que la manera en que la hacía sobresalir la ponía en desventaja.

Después del almuerzo tuvo una experiencia completamente desagradable. Estella estaba sentada al fondo del salón, con la mirada fija en el reloj de la pared de enfrente, cuyo minuterero avanzaba con lentitud. Escuchaba risitas a su alrededor, cuando de pronto advirtió que el chico de esa mañana, el pelirrojo, entraba a hurtadillas al salón en un intento por pasar desapercibido. Llegaba tarde, lo que no era sorprendente, puesto que el Malvado Pelirrojo parecía ser el tipo de chico que no se molestaba en llegar a clase a tiempo. Y tenía una mirada malévola. Tampoco eso era sorprendente.

Se acercó sin hacer ruido detrás de la profesora. Ella escribía en el pizarrón y no se dio cuenta de que el niño movió hacia atrás su silla con cuidado unos centímetros. No era mucho, pero lo suficiente para que, cuando la maestra volteara para sentarse, con seguridad se cayera.

Una cosa era que ese chico malvado se metiera con Estella, pero ella no podía dejar que también humillara a la maestra. Se puso de pie, caminó entre los escritorios y alcanzó la silla.

Por desgracia, antes de que pudiera regresarla a su lugar, la maestra se dio vuelta para sentarse y cayó sobre su trasero. La clase entera estalló en carcajadas.

—No es lo que parece —clamó Estella, levantando las manos con inocencia. Desde el suelo, la maestra la fulminó con la mirada—. Yo... yo... —comenzó a explicar. Pero de nada sirvió, la maestra señaló la puerta.

Estella salió con la cabeza en alto. Pero tan pronto como la puerta del salón se cerró tras ella, dejó escapar un angustioso suspiro. Se le humedecieron los ojos. Solo era su primer día y ya iba camino a la oficina del director. Ella era un caso de caridad, una alumna becada.

«Tu conducta debe ser impecable» le había recordado su madre tan solo esa mañana.

Si llegaba a juntar muchas amonestaciones en su expediente podría perder su lugar en la escuela. Y ahora acababa de obtener la primera.

Se suponía que este sería un día maravilloso. Pero ahora solo deseaba que se acabara.